
Discurso del Sr. Rector de la Universidad de Chile Profesor Sr. Don Juan Gómez Millas

Gracias, Excelentísimo señor, por haber aceptado nuestra invitación.

Las Universidades chilenas se honran al ofrecer su cátedra al eminente doctor de la Universidad de Buenos Aires, hoy Presidente Electo de la República Argentina, Arturo Frondizi, y celebran con regocijo que ahora, como a lo largo de toda nuestra historia, manos de chilenos y argentinos se estrechen por encima de los Andes en saludo de colaboración, amistad y paz.

Muy bien sabéis que la misión de la Universidad en el mundo moderno no sólo consiste en estimular y proteger la creación del saber, mantenerlo y propagarlo, sino también, promover la exaltación y vigencia de los altos valores que otorgan dignidad a la vida y a la muerte. Y es en virtud de ese deber que hemos elogiado el acto democrático en el que la voluntad del pueblo argentino os encomendó la función de dirigirlo. Ese acto asumió en la historia de nuestro tiempo un significado mundial y alentó en toda la América Latina, confianza en el valor supremo de la libertad humana y en los métodos de convivencia pacífica. Los dolores y sobresaltos de mi vecino y amigo son mis penas e inquietudes; sus alegrías y triunfos nos pertenecen.

Habéis señalado desde la tribuna científica, caminos y metas a la juventud. Ahora, como líder de todo un pueblo, vais a mostrarle los más apropiados fines para su acción y los senderos por los que conviene que transite en el bosque de la vida. Esta es, en

lo más profundo de vuestra nueva misión, la verdadera y más alta tarea que os pertenece como gobernante: educar al pueblo para el más correcto funcionamiento de la democracia; defender los valores que la tradición y el espíritu pusieron en nuestra existencia y luchar sin descanso por el progreso humano, por la ciencia y sus aplicaciones, la gran potencia revolucionaria del presente.

Sabéis que la voz del Jefe Supremo del Estado es la conciencia del pueblo, esclarecida por el saber y la experiencia y libertad de intereses y pasiones. No es su misión juzgar; pero sí velar por que la justicia sea honrada. No es sólo administrar, sino cuidar que la administración sea eficiente. No es legislar, pero sí informar a los legisladores y, por encima de partidos y opiniones, orientar a todos hacia el bien superior en cada caso.

Las vicisitudes que tejen la malla de la historia dan al pueblo la experiencia necesaria para alcanzar más altos niveles y desarrollar posibilidades que en el mismo aun se encuentran escondidas. Ese historial de acontecimientos variados y a veces contradictorios, en la intimidad de cuyo manejo os encontráis ahora, es lo que permite al pueblo reflexionar, tomar resoluciones y elaborarse un destino común. Iluminado por la experiencia que proporcionan los acontecimientos, da forma a sus virtudes y capacidades; mediante esfuerzos y sacrificios, conscientemente tolerados, se abre días de gloria perdurable. Hermoso es, pues, este momento que os corresponde presidir y orientar, y